

DE LOS INTELLECTUALES EN AMÉRICA LATINA

Latin American intellectuals

Carlos MONSIVÁIS

✉ cmonsiv@prodigy.net.mx

BIBLID [1130-2887 (2007) 47, 15-38]

Fecha de recepción: agosto del 2007

Fecha de aceptación y versión final: octubre del 2007

RESUMEN: El artículo rastrea minuciosamente la historia intelectual de América Latina desde el siglo XIX, con el proceso de secularización de la cultura, hasta nuestros días, cuando la ciudad letrada ha sido sustituida por la ciudad cibernética. A través del análisis de las múltiples definiciones, polémicas, conductas, máscaras e imposturas del gremio intelectual, el artículo dibuja un retrato fiable que sirve como marco conceptual y que analiza los grandes nombres y las escuelas más significativas.

Palabras clave: intelectual, América Latina, revistas literarias, ensayo, Revolución Cubana, izquierda, industria académica.

ABSTRACT: The article carefully reviews the intellectual history of Latin America since the 19th Century, when the process of cultural secularization took place, until current times when the literary city has been replaced by its cybernetic version. Employing analyses of the multiple definitions, polemics, conducts, masks and pretenses of the intellectual class, the article draws a reliable portrait that serves as a conceptual frame that looks deeply into the most significant names and schools of the period.

Key words: intellectual, Latin America, literary journals, essay, Cuban revolution, the left, the academic industry.

I. INTRODUCCIÓN

El tema de los intelectuales en América Latina, tan extenso, ha merecido ensayos, historias, polémicas incontables, críticas despiadadas, autoelogios, sectarismos opuestos y, a veces, complementarios. Desde luego, la conducta de los intelectuales (el gremio) y los intelectuales públicos (los seres representativos) es inabarcable; desde luego, también, son drásticas las limitaciones de una crónica como la presente, la primera de ellas la imposibilidad de revisar la historia intelectual de cada uno de los países, Centroamérica casi ausente de estas notas con la excepción de una mención de los poetas nicaragüenses y, falta examinar, por ejemplo, la complejísima historia intelectual de Colombia y Venezuela, los procesos tan arduos de Panamá y Puerto Rico y las devastaciones del racismo en Ecuador, Bolivia, Guatemala, Perú y México.

También merecen acercamientos precisos fenómenos tan variados y opuestos como las resonancias en el medio intelectual del Che Guevara (el revolucionario y la mitografía), su papel predominante en la guerrilla continental y su empeño en crear dos, tres, muchos Vietnams; el autoritarismo criminal en Guatemala, El Salvador y Perú; la caída del Muro de Berlín en 1989 y, ya en la época contemporánea, el crecimiento de la derecha en América Latina, los efectos de la Guerra Sucia en el Cono Sur, la fuerza inesperada de variantes del nacionalismo revolucionario en Venezuela y Bolivia, las derrotas culturales sucesivas de la derecha alentada y dirigida por el clero católico y, sobre todo, la combinación todavía irrefutable: la globalización y el neoliberalismo.

De la segunda mitad del siglo XIX a las postrimerías del siglo XX, los intelectuales públicamente reconocidos como tales apoyan o censuran a los gobiernos, son los intérpretes reconocidos de sus comunidades, gozan en una medida significativa del privilegio social, encabezan la protesta social, censuran a los «subversivos», son víctimas, son victimarios en la medida de lo posible, contribuyen a la memoria histórica, le infunden creatividad al lenguaje, disculpan a los represores, fomentan el sentido del humor y de la ironía, protegen a la República con gruesas capas de solemnidad y textos abstrusos, son conservadores o anticlericales o radicales de tendencia anarquista, o nacionalistas o antinacionalistas o liberales o conservadores o marxistas o antimarxistas o de vanguardia o de retaguardia. Son, en síntesis, el cuerpo móvil o inmóvil que nulifica casi todas las generalizaciones. Y son, también, una especie en extinción¹.

II. LA ENTRADA EN MATERIA: LA SECULARIZACIÓN

En la segunda mitad del siglo XIX el gran debate de los escritores y pensadores latinoamericanos se da entre liberales y conservadores, que suelen tener en común una sólida formación clásica y, hasta determinado momento, el mismo origen social. La gran diferencia aparece con el debate sobre las Constituciones de la República y

1. Aviso innecesario: por razones de la vastedad del tema, esta crónica apenas alude a los años recientes.

los Códigos Civiles, y con los enfrentamientos de toda índole en torno a la secularización, el proceso mundial sustentado en la educación laica, la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de expresión y la libertad de creencias que, según los conservadores, dividirá y envenenará a comunidades nacionales, sólo posibles por la unidad de la fe. Desde el Vaticano se proclama el integrismo: educación religiosa en las escuelas públicas, catolicismo como religión oficial y control de las conciencias a partir de la obligación de creer nada más de un modo. En materia de enseñanza, y esto es primordial, los liberales propugnan el fin de la sujeción de la infancia al Catecismo de los Reverendos Padres Ripalda y Astete: «¿Qué resulta de una enseñanza fundada en el Catecismo? El niño abandona desde temprano el mundo real para vivir en una región fantasmagórica», afirma el peruano Manuel González Prada. Y en México Ignacio Manuel Altamirano es tajante:

[...] ¡El catecismo del padre Ripalda! ¿Quién en México no conoce al padre Ripalda? ¿Y quién que tenga en algo a la razón y a la libertad no detesta ese monstruo código de inmoralidad, de fanatismo, de estupidez, que semejante a una serpiente venenosa se enreda en el corazón de la juventud para devorarlo lentamente? Yo no sé cómo todavía las prensas de un pueblo republicano y culto se ocupan en multiplicar los ejemplares de este librito odioso, que siembra en nuestras clases atrasadas principios de tiranía y de superstición incompatibles con nuestras instituciones y enemigos de la dignidad humana².

No obstante la indignación de Altamirano y los liberales mexicanos nada hacen para prohibir libro alguno. No podrían hacerlo porque seguirían el ejemplo de sus adversarios. En su proyecto cuentan, por otra parte, el conjunto de leyes que garantizan las libertades en materia de ideas y comportamientos. Éstos son los asuntos primordiales de los políticos, escritores, pensadores liberales de una larga etapa, entre ellos los mexicanos Ignacio Ramírez (1818-1879), Guillermo Prieto (1818-1897), Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), Francisco Zarco; el argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888); el puertorriqueño José María de Hostos (1839-1903); el chileno José Victorino Lastarria (1817-1888); el peruano Manuel González Prada (1848-1918); el ecuatoriano Juan Montalvo (1833-1880). Dos casos excepcionales son el venezolano Andrés Bello (1781-1872), que trabaja sucesivamente en tres países (Venezuela, Colombia y Chile), cubre varias disciplinas, redacta el Código Civil de Chile y escribe una Gramática de la Lengua Castellana, de enorme resonancia; y el cubano José Martí (1853-1895), uno de los intelectuales más deslumbrantes de la historia latinoamericana.

Estos inventores de naciones y estos utopistas de la unidad iberoamericana constituyen uno de los mayores legados del siglo XIX: el de los liberales de formación enciclopédica, casi siempre juristas y periodistas. A ellos les corresponde fundar universidades, escuelas normales y centros de estudio; es de ellos el proyecto de educación laica. «Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación

2. En *El Federalista*, 30 de enero de 1871.

del pueblo... como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas» (Andrés Bello). Y, además, sin someterse a las nociones de «caridad cristiana», son adelantados en la lucha contra la desigualdad: «La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen», indica Martí, y Hostos argumenta: «Vosotros, los que en vez de vivir peregrináis, seguidlo con paso firme; la desdicha que os espera es tan gloriosa, que no la tocaría por la inútil felicidad de los felices».

Hacer la Patria, construirla; desterrar la ignorancia y denunciar la desigualdad. A la vanguardia de los intelectuales de un largo período le infunde sentido y dirección un conocimiento fundacional: el principio de sus obras es «la escritura de la Nación», sus códigos éticos, sus revisiones de la mentalidad despótica, su elogio de las clases populares, sus sistemas educativos, sus exigencias culturales. Por eso, González Prada es tan preciso al elogiar el trabajo físico:

[...] no hay diferencia de jerarquía entre el pensador que labora con la inteligencia y el obrero que trabaja con las manos, que el hombre del bufete y el hombre del taller, en vez de marchar separados y considerarse enemigos, deben caminar inseparablemente unidos (González Prada, 1905).

Esta es una de las afirmaciones básicas de la minoría dentro de la minoría: las tareas intelectuales complementan el trabajo obrero, y no hay superioridades esenciales:

[...] Cuando preconizamos la unión o alianza de la inteligencia con el trabajo no pretendemos que a título de una jerarquía ilusoria se erija en tutor o lazarillo del obrero. A la idea que el cerebro ejerza función más noble que el músculo debemos el régimen de las castas; desde los grandes imperios de Oriente, figuran hombres que se arrogan el derecho de pensar, reservando para las muchedumbres la obligación de creer o trabajar (González Prada, 1905).

Sin embargo, mientras reconoce el valor esencial del trabajo físico, González Prada tan certero en su análisis de conjunto («El descrédito de una revolución empieza el mismo día de su triunfo; y los deshonoradores son sus propios caudillos»), incurre en el culto idolátrico al intelectual, la actitud que luego, ofrecida como mero envanecimiento, apuntala la arrogancia y las actitudes clasistas del gremio:

[...] Los intelectuales sirven de luz; pero no deben hacer de lazarillos, sobre todo en las tremendas crisis sociales donde el brazo ejecuta lo pensado por la cabeza. Verdad, el soplo de rebeldía que remueve hoy a las multitudes, viene de pensadores o solitarios. Así vino siempre. La justicia nace de la sabiduría, que el ignorante no conoce el derecho propio ni el ajeno y cree que en la fuerza se resume toda la ley del Universo. Animada por esa creencia, la Humanidad suele tener la resignación del bruto: sufre y calla. Más de repente, resuena el eco de una gran palabra, y todos los resignados acuden al verbo salvador, como los insectos van al rayo del sol que penetra en la oscuridad del bosque (González Prada, 1905).

«Construir la nación» es, en medios habituados a las reprimendas y exhortaciones clericales, dar consejos, lo que lleva a un buen número de escritores a predicar la buena nueva de la superación personal (hoy serían gurúes de la autoayuda). Un ejemplo, el argentino José Ingenieros (1877-1930), autor de *El hombre mediocre*, un libro como espejo de multitudes, la «crítica de la moralidad» que evoca su discípulo Sergio Bagú: «lucha aguda y sin cuartel contra ese mundo inferior que impide la victoria de los más aptos... páginas que los jóvenes se aprendieron de memoria durante varios lustros». Ingenieros, presidente de la Sociedad Médica y de la Sociedad de Psicología Argentina, es también experto en sistemas penitenciarios y escritor de preceptos de un anacronismo desconcertante. Ejemplos:

- La hora es palingenésica y un nimbo de amanecer nimba la cabeza de la juventud.
- Un brazo vale cien brazos cuando lo mueve un cerebro ilustrado, un cerebro vale cien cerebros cuando lo sostiene un brazo firme.
- La belleza de vivir hay que descubrirla pronto o no se descubre nunca. Sólo el que ha poblado de ideales su juventud y ha sabido servirlos con fe entusiasta, puede esperar una madurez serena y sonriente... (Ingenieros, 1921).

II.1 *Los maestros de la juventud*

El término intelectual se propaga durante el Caso Dreyfuss para reconocer a los impugnadores del antisemitismo y, de fines del siglo XIX a 1930, se esparce en América Latina. Sin embargo, sólo se difunde masivamente en la década de 1930, luego del auge de algunos escritores, cuya autoridad moral hace que se les conceda el rol de Maestros de la Juventud, augures y guías exaltados por las multitudes. Durante una etapa desempeñan notablemente ese papel José Vasconcelos y Antonio Caso en México, Baldomero Sanín Cano (1871-1957) en Colombia, Rufino Blanco Fombona (1874-1944) en Venezuela, Enrique José Verona (1849-1933) y José Enrique Rodó (1871-1917) en Uruguay. Rodó intenta conciliar el humanismo clásico con el positivismo de Comte y Spencer y ansioso de crear lo ya indispensable invoca los poderes genésicos:

[...] Entre tanto, hay en nuestro corazón y en nuestro pensamiento muchas ansías, a las que nadie les ha dado forma... Todas las torturas que se han ensayado sobre el verbo, todos los refinamientos desesperados del espíritu, no han bastado a apaciguar la infinita sed de expansión del alma humana... También en la libación de lo extravagante y de lo raro han llegado a las heces, y hoy se abrasan sus labios en la ansiedad de algo más grande, más humano, más puro... Pero lo esperamos en vano. Sólo la esperanza mesiánica, la fe en el que ha de venir, flor que tiene por cáliz el alma de todos los tiempos en que recrudecen al dolor y la duda, hace vibrar misteriosamente nuestro espíritu (Rodó, 1900).

Las profecías auspician la fe en el Mundo Nuevo. Rodó publica *Ariel* en 1900, y fomenta «la división del trabajo». Shakespeare entrega los personajes, y Rodó reclasifica

los símbolos: Ariel es el Espíritu y Calibán es la falta de refinamiento y la sensualidad sin control ni matices (Calibán es también la religión de la tecnología de Estados Unidos y Ariel es Iberoamérica). Rodó cree en la aristocracia de los mejores, en la belleza tal y como los griegos la definen y en la caridad en el sentido cristiano.

III. LA DESTRUCCIÓN DE LA MARGINALIDAD

En *Las corrientes literarias de la América Hispánica*, un intelectual de primer orden, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, al hablar del período 1890-1920, describe los inicios de la profesionalización de los intelectuales:

[...] Los hombres de profesiones intelectuales trataron ahora de ceñirse a la tarea que habían elegido y abandonaron la política; los abogados, como de costumbre, menos y después que los demás. El Timón de Estado pasó a manos de quienes no eran sino políticos; nada se ganó con ellos, antes al contrario. Y como lo literario no era en realidad una profesión, sino una vocación, los hombres de letras se convirtieron en periodistas o en maestros, cuando no en ambas cosas (Henríquez Ureña, 1949).

En *La crítica de la cultura en América Latina*, Ángel Rama considera sólo parcialmente cierta esta tesis de Henríquez Ureña: «Si efectivamente se intensificó la especialización de los políticos, ajenos a las letras, junto a ellos siguieron actuando los intelectuales, cuya participación en los gobiernos siguió siendo obligada a consecuencia de la creciente complejidad de las funciones públicas» (Rama, 1986). Y sobre este tema, el juicio de Rodó es también el opuesto: «[...] decir adiós a la política. Esto equivaldría casi a decir adiós al país, pues el país nuestro y su política son términos idénticos, no hay país fuera de la política» (Rodó, 1900). Si se inicia pero muy selectivamente la profesionalización del escritor, y de hecho ninguno vive nada más de escribir hasta antes del Mercado, sus *bestsellers*, sus agentes literarios y su circuito de conferencias muy bien pagadas.

III.1. De la ciudad letrada y sus escenarios

La vieja ciudad letrada. Hasta mitades del siglo XX es clásica la escenografía o la decoración surgida de la espontaneidad y del fervor imitativo: cuartos saturados de libros y cigarrillos, redacciones de diarios y revistas colmadas de intrigas y rumores, oficinas de los gobiernos donde los escritores cobran sueldos modestos por redactar o corregir discursos ilegibles, universidades como brevísimas estaciones de paso, o, para los menos, como nichos a perpetuidad. Sigue la lista de la ciudad letrada: ateneos, academias de la lengua, salas de conferencias, teatros donde se escenifica a Shakespeare, Molière, Ibsen, Chejov, o a los comediógrafos españoles y franceses, salas de conciertos, cafés que son el segundo hogar o el primero, teatros de «género chico», despachos de abogados,

sesiones de ópera que son el otro «árbol genealógico» de las Buenas Familias («Estaban llenos todos los palcos, estábamos todos»), sedes de los partidos políticos, prostíbulos, archivos, bibliotecas, librerías con las novedades de Barcelona y París... todo lo contenido en un espacio de no más de veinte o treinta manzanas, la geografía cultural de ciudades que se urbanizan al alojar a los pobres en los *ghettos* que son plataformas del voyeurismo social. Ésta es la ciudad letrada a la disposición de gobernantes requeridos de expertos en redacción o de glorias nacionales de primero, segundo o tercer nivel; ésta es «la agenda temática» de narradores y cronistas y público aledaño.

Ya en 1960, como señala Jean Franco en su excelente *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, el panorama latinoamericano varía considerablemente. La expansión de las ciudades desbarata la mayoría de las zonas reservadas a la minoría ilustrada, la secularización ya no ubica al intelectual como el reemplazo del sacerdote, a los cafés literarios los sustituyen las reuniones en departamentos y oficinas, y el culto a la palabra se diluye por la influencia del cine primero y luego, de modo interminable, por el ascendiente de la televisión. Se lee poco o, más precisamente, son muchos más los que leen igual de poco que en la etapa anterior, y se impone por un tiempo largo el terrorismo de los académicos: «No se dice haiga... no se dice crioque».

III.2. *La causa del humanismo*

A través del desarrollo de algunos grupos y revistas literarias es posible advertir corrientes intelectuales profundas de índole humanista, de exigencias de rigor crítico. En México un grupo fundacional es el del Ateneo de la Juventud (1907-1912, aproximadamente), con figuras excepcionales: Alfonso Reyes (1889-1959), Pedro Henríquez Ureña (1885-1970), Martín Luis Guzmán (1887-1976), José Vasconcelos (1882-1959), Julio Torri (1889-1970) y Antonio Caso (1883-1976), entre otros. Guzmán es uno de los grandes narradores del género de la Revolución Mexicana (*El águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo*, *Memorias de Pancho Villa*). Reyes es el humanista por excelencia: divulgador de gran nivel de la cultura grecolatina, poeta, narrador, ensayista, tratadista, traductor, diplomático, creador de instituciones educativas. Henríquez Ureña es uno de los primeros en advertir en su complejidad la cultura de la América hispánica y es un maestro en el sentido formativo del término. Vasconcelos es un profeta, un gran educador latinoamericano, un autobiógrafo excepcional (*Ulises criollo* es una obra maestra), un político que apasiona a los jóvenes en su campaña presidencial de 1929, un rencoroso que en sus años finales alaba a Hitler, Franco, Somoza y Trujillo, abomina lo indígena, detesta a Benito Juárez y dirige una revista pronazi, *Timón*, subsidiada por la embajada de Alemania. Julio Torri es un prosista extraordinario. Caso, un filósofo de libros que envejecen con rapidez pero que en su momento entusiasman a los estudiantes y los llevan a la filosofía.

Hay tres revistas indispensables en el impulso a lectores y escritores: *Sur* en Argentina, *Contemporáneos* (1926-1931) en México y *Orígenes* en Cuba. La revaloración de *Sur* se debe en gran medida a la condición legendaria de dos de sus integrantes que crean

y alientan una literatura notable: Victoria Ocampo y, sobre todo, Jorge Luis Borges. También Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo y José Bianco. De familia oligarca, Victoria Ocampo es un personaje único: lectora y viajera incansable, en *Sur* y en la editorial del mismo nombre promueve sus descubrimientos y predilecciones (los nueve tomos de sus notas y ensayos, *Testimonios*, certifican la vastedad de sus intereses: Virginia Woolf, Roger Caillois, Sergei Eisenstein, Stravinsky, Ortega y Gasset, Rabindranath Tagore, Aldous Huxley); Silvina Ocampo es poeta, narradora y traductora de primer orden; Bianco tiene tres relatos notables: *La pérdida del reino*, *Las ratas* y *Sombras*; Bioy Casares desde *La invención de Morel* produce textos importantes.

Borges es, en sí mismo, un capítulo de la vida intelectual de América Latina y del mundo con su imaginación sorprendente, su idioma flexible y riguroso, la calidad de su ironía, el despliegue de su erudición, las variedades de su inteligencia. Es, sin duda, el intelectual y escritor latinoamericano del siglo XX de mayor repercusión internacional.

El grupo, con la excepción de Bianco, se inclina en lo político hacia posiciones conservadoras. Muy críticos de Perón y su justicialismo débil y tramposo, también apoyan la invasión norteamericana de la República Dominicana (1965) y las represiones del presidente Díaz Ordaz de México (1968); Borges escribe un poema a los defensores de El Álamo en la guerra de Estados Unidos contra México y recibe una condecoración de Pinochet. Éstos son hechos innegables pero también, y con fuerza infinitamente mayor, se impone la generosidad de su obra, la lucidez asombrosa, el genio expresivo.

Orígenes, la revista publicada en La Habana con el mecenazgo de José Rodríguez Feo, es una revista fundamentalmente de poetas; José Lezama Lima (1910-1976), Eliseo Diego (1920-1994), Virgilio Piñera (1912-1979), Cintio Vitier (1921), Fina García Marruz (1923). Algunos de ellos también son narradores y Piñera, además, es dramaturgo. En una nación de tan breve historial independiente, los escritores de *Orígenes* confían en la literatura, «el coto de mayor realeza», según Lezama, el autor de ese gran texto insólito, *Paradiso*.

La revista *Contemporáneos* (1926-1932) es un ensayo notable de literatura y pensamiento modernos. Son poetas y la mayoría son ensayistas, una vanguardia que no presume de serlo, una voluntad obstinada de rigor literario. Sus figuras principales: Carlos Pellicer (1897-1977), Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1948), José Gorostiza (1901-1973), Jaime Torres Bidet (1902-1974), Jorge Cuesta (1903-1942), Xavier Villaurrutia (1903-1950). En ellos el ensayo, en la tradición de Reyes, se vuelve una forma artística, y *Novo practica* una crónica ensayística de primer orden. Aunque casi desconocidos fuera de México, su poesía y su prosa se imponen sobre los males de la cultura provinciana, su cursilería, su falsa elocuencia, su sincerismo patrioter y localista.

Hay un grupo inesperado en Nicaragua, bajo la sombra creativa del extraordinario José Martí. En las atmósferas opresivas de la dictadura de los Somoza, con un espíritu religioso muy acentuado, casi naturalmente cosmopolitas, escriben poesía (fundamentalmente), y ensayo literario y político de oposición cerrada a la dinastía Somoza. Entre ellos José Coronel Urtecho (1906-1994), Ernesto Cardenal (1925), Carlos Martínez Rivas (1924-1998) y Pablo Antonio Cuadra (1912-2002). Este último, abiertamente antisandinista, dirige el periódico *La Prensa*.

Estos círculos pequeños y casi inadvertidos por sus sociedades al principio, terminan por ser referencias nacionales muy sólidas. En su mayoría pretenden mantenerse equidistantes de la izquierda (secuestrada por el estalinismo y liberada por sus luchas a favor de la justicia social y su resistencia al fascismo) y de la derecha, empeñada en ver en movilizaciones de tipo falangista la vía del regreso a la fe en América Latina. En medio de las limitaciones y la carencia de estímulos intelectuales, estos escritores manejan con la suficiente eficacia como para desatenderse de los sectarismos, profesar en su escritura el humanismo sin el cual no fructifica el proceso educativo. Dos ejemplos: Gabriela Mistral y Alfonso Reyes.

III.3. *El nacionalismo y los préstamos teóricos*

¿Hay tal cosa como los «préstamos teóricos»? Seguramente no, la vida intelectual es un libre flujo libérrimo de ideas, sistemas, contenidos doctrinarios, idealizaciones. Luego de la sucesión de doctrinas, del positivismo al existencialismo, y por un tiempo largo, los pensadores (categoría más bien abstracta) y los filósofos (profesión que impone marginalmente el desarrollo académico), una vez rendido el saludo a la civilización helénica, se ocupan de «edificar la filosofía de América Latina», con sus interrogantes sobre el ser, el destino del hombre latinoamericano, la soledad de las naciones, etcétera, y reproduce a su manera sistemas de la filosofía tal y como algunos la practican en Alemania, Inglaterra y Francia. El peruano Augusto Salazar Bondy, en un libro más bien difuso, *¿Existe una filosofía de Nuestra América?*, afirma:

[...] (La originalidad es) el aporte de ideas y planteos nuevos, con respecto a las civilizaciones anteriores, pero suficientemente discernibles como creaciones y no como repeticiones de contenidos doctrinarios. En este sentido, una filosofía original será identificable por construcciones conceptuales inéditas de valor reconocido (Salazar Bondy, 1976).

A su modo, ésta es una revuelta contra las tendencias de adoración de lo europeo, contra los hispanistas (los cultores de «la Madre Patria», el estilo castizo, el catolicismo como marca de identidad del lenguaje); los galicistas (los del «extranjerismo delicioso», fijados casi exclusivamente en la literatura); los cosmopolitas (una manera de francofilia, que aceptan la frase de Balzac: «París es la ciudad del cosmopolita, o sea de los hombres que se han casado con el mundo, y la estrechan sin cesar con los brazos de la Ciencia, el Arte, y el Poder»); los anglófilos (que examinan sobre todo lo producido en Londres, del utilitarismo a la filosofía analítica), y los germanófilos, que leen devotamente a Schlegel, Hegel y Marx, y de allí desprenden investigaciones o ideologías sin poder político que las avala. En especial, el marxismo es la gran influencia de la década de 1930 a la caída del muro en 1989. Esto, en medio de los cambios terminológicos, con su vocabulario a cuestas: sociedades atrasadas o periféricas o subdesarrolladas o dependientes o coloniales o locales o pretecnológicas.

En 1950, Octavio Paz termina su ensayo definitorio de la mexicanidad, con la consigna que busca poner al día un país, una sociedad, una sucesión de estados de ánimo: «Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de los demás hombres». Paz, ya entonces un poeta extraordinario, ampliará su gran carrera literaria con libros fundamentales (entre ellos *La estación violenta*, *Piedra de sol*, *Sor Juan Inés de la Cruz* o *Las estampas de la fe*, *Pasado en claro*), y debatirá de modo fructífero con el sectarismo de izquierda y los defensores del socialismo real, pero *El laberinto de la soledad* seguirá provocando lecturas y querellas igualmente apasionadas. Su tema innegable: las razones y las raíces del nacionalismo, de la identidad del ser nacional, de la psicología social que distingue a un mexicano de un boliviano.

El nacionalismo es uno de los grandes temas de los intelectuales latinoamericanos, con las correspondientes aclaraciones y canonizaciones de la mexicanidad, la cubanía, la venezolanidad, la argentinidad, la chilenedad, la colombianidad, y así sucesivamente. A los dogmas los pone en crisis el ímpetu de la americanización que, a partir de la década de 1959, explica la metamorfosis orgánica de las sociedades latinoamericanas.

IV. LA IZQUIERDA Y EL ESTALINISMO

Es considerable el éxito de la Guerra Fría del lado norteamericano: convence a las clases populares de que son lo mismo el comunismo y la lucha contra la desigualdad; legitima el aplastamiento de la resistencia política y social; silencia las protestas por la existencia de presos políticos; vuelve muy aceptable la «depuración» sindical. Del lado de la izquierda, la Guerra Fría desata lo que, así sea débilmente, aún perdura: la operación ideológica que impone o auspicia la mentira en vastas proporciones: los intelectuales y escritores de izquierda niegan las grandes purgas en la URSS, los millones de personas asesinadas por órdenes de Stalin, las evidencias de las matanzas y encarcelamientos en el imperio soviético... El propósito es descalificar toda crítica al estalinismo: son calumnias imperialistas dirigidas por el «oro» de Washington. También, y esto es lo más genuino, alaban la realización de la utopía, tal y como la verifica un escritor excepcional, Luis Cardoza y Aragón, cuyo libro de crónicas sobre un viaje a la URSS, se titula *Retorno al futuro*. A Cardoza y Aragón lo apasiona el milagro de lo que hoy se calificaría de «genética espiritual»:

[...] Lo fundamental del URSS nos atrae y nos ofrece explicaciones que no nos parecen satisfactorias. La flor de una civilización considera la revolución soviética como uno de los acontecimientos históricos más importantes de la humanidad. Desviaciones y contradicciones, no menoscaban lo básico de la revolución. La obra perfecta es imposible: en la propia naturaleza humana, tan lentamente modificable, se asientan los orígenes de estas deficiencias. Pero la revolución soviética es trascendente porque se dirige a cambiar, hacia un sentido magnánimo y fecundo, la propia naturaleza del hombre. De allí surge su valor y su larga lucha necesaria para que un nuevo humanismo oriente la vida, ¡Cambiar el hombre! (Cardoza y Aragón, 1948).

El júbilo ante la existencia de Stalin, el Padrecito de los Pueblos, es inevitable y compulsivo. El poeta cubano Nicolás Guillén le rinde tributo, no sin humor:

[...] Stalin, capitán,
a quien Changó proteja
y a quien resguarde Ochún.
A tu lado los pueblos libres van...

Animados por esta fe bolchevique, los intelectuales rechazan con furia dos libros de André Gide, *Regreso de la URSS* y *Retoques a mi regreso de la URSS*, donde el escritor francés se muestra particularmente lúcido:

[...] Es importante ver las cosas tal como son y no tal como nos hubiera gustado que fueran: la URSS no es lo que esperábamos que fuera, lo que promete ser, lo que intenta parecer todavía traicionando todas nuestras esperanzas. Si no aceptamos que éstas vuelvan a derrumbarse conviene orientarlas hacia otro lado. Pero no apartaremos de ti nuestras miradas, gloriosa y adolorida Rusia. Si al principio nos servías de ejemplo, ahora, desgraciadamente, nos muestras en qué pantano puede hundirse la revolución (Gide, 1937).

La Guerra Fría de ambos lados también se aprovecha de una tradición poderosa, la del anti-intelectualismo (el prejuicio muy arraigado contra el conocimiento, el resentimiento ostentado como superioridad moral sobre los incapaces de trabajar en verdad, el rencor supersticioso contra los «que saben»). Si en la etapa de enfrentamiento al nazifascismo es explicable la actitud de los intelectuales de izquierda, en especial la de los jóvenes, que ven en el comunismo el valladar que destruirá la ilusión de conquista mundial de Hitler y Mussolini, luego ya no se entiende la idolatría por la revolución en abstracto y la indiferencia ante las denuncias de los crímenes de Stalin.

La izquierda comunista, hegemónica en un sector de profesores e intelectuales entre 1925 y 1950, sazona el anti-intelectualismo popular con su dogmatismo. También, y éste es uno de sus grandes méritos, apoya con decisión a la República española y se opone tenazmente al franquismo tan bien visto por los gobiernos y los partidos de la derecha (incluido Acción Nacional de México). Desde 1936, una proporción de los mejores poetas y novelistas hacen suya la causa de la República, entre ellos Pablo Neruda («Y la muerte española, más ácida y aguda que otras muertes»), César Vallejo («Si España cae, digo es un decir, / salid niños del mundo, id a buscarla»), e incluso el joven Octavio Paz en *Elegía a un compañero*:

[...] Has muerto, camarada,
en el ardiente amanecer del mundo,
y brotan de tu muerte
horrendamente vivos,
tu mirada, tu traje azul de héroe,
tu rostro sorprendido entre la pólvora.

Octavio Paz escribe: «Los marxistas rechazaron siempre que se calificase su actividad revolucionaria como religiosa y más aún como evangélica». Esto es profundamente inexacto: en la década de 1920 se celebran «bautismos laicos» en la URSS, en la fábrica donde trabajan las madres de los niños, y en la década de 1930 José Carlos Mariátegui, el legendario radical de Perú, afirma: «El marxismo es una religión», y no otra cosa dicen centenas de miles de escritores y militantes, seguros de la ideología cuya recompensa ultraterrena es la Historia (el infierno: «el basurero de la Historia»). A los prófugos los castigos a mano, y una muestra es el linchamiento moral de Gide y de George Orwell (por su *Homenaje a Cataluña*), consigna estalinista que se extiende por América Latina. Allí, al final de la Segunda Guerra Mundial, el aparato estalinista le ofrece a intelectuales, escritores y artistas la asistencia a los Congresos Internacionales por la Paz, los viajes a los países socialistas, la posibilidad del Premio Stalin de la Paz (más tarde el Premio Lenin), y la oportunidad del encumbramiento «progresista» que incluye la ira ante la crítica no subordinada a los designios del Kremlin. Pablo Neruda, uno de los grandes renovadores del idioma poético, en el *Canto General* condena la experimentación literaria que describe como conducta política:

[...] Qué hicisteis vosotros gidistas,
intelectualistas, rilkistas,
misterizantes, falsos brujos
existenciales, amapolas
surrealistas encendidas
en una tumba, europeizados
cáda-veres de la moda,
pálidas lombrices del queso
capitalista, qué hicisteis
ante el reinado de la angustia,
frente a este oscuro ser humano,
a esta pateada compostura,
a esta cabeza sumergida
en el estiércol, a esta esencia
de ásperas vidas pisoteadas? (Neruda, 1955).

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, con su denuncia de algunos de los grandes crímenes de Stalin y su tímido anuncio del deshielo, la invasión militar a Hungría y las revelaciones paulatinas sobre el proceso de genocidio del estalinismo, destruyen una parte inmensa de la autoridad moral del anti-intelectualismo de izquierda. Desaparece el realismo socialista (que apenas sobrevive en la producción de algunos cantautores), la pluralidad artística liquida el «No hay más ruta que la nuestra» del pintor David Alfaro Siqueiros, vienen a menos las alabanzas del «socialismo real» y se desacredita el dogma del «mejor de los males» (no el menor). Y el lema «Crítico al socialismo es darle armas al enemigo».

V. DE LA DERECHA INTELECTUAL

V.1. *La fábrica de justificaciones de la represión*

A lo largo del siglo XX latinoamericano, los intelectuales (escritores y pensadores) de la derecha intelectual, nunca numerosos, los mejores de entre ellos inmersos en historia y teología, suelen apoyar de modo directo o sin quejas y reproches a gobiernos de mano dura y dictaduras, y difaman a quienes propician la separación de la Iglesia y el Estado. Estos filósofos, historiadores, novelistas, identifican la mano dura con la defensa de la moral y las buenas costumbres y la supremacía de la censura. Si bien la mayoría de los poetas católicos importantes no milita en la derecha integrista, hay sin embargo eruditos y poetas apreciables y traductores de excelente nivel, que alternan sus méritos con la apología de Francisco Franco, las simpatías por el nazifascismo (sólo algunos de ellos) y la exigencia de prohibiciones a nombre del moralismo (casi todos). Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, esta derecha intelectual se incorpora gozosa al anti-comunismo. El estalinismo y el socialismo real merecen críticas amplias y campañas de protesta por sus crímenes, pero a la derecha sólo le obsesiona realmente lo que juzga «abominación»: la demanda de justicia social.

¿A quiénes apoyan los derechistas? A los que garantizan férreamente el orden (la supresión de la crítica) que, en su lógica, es el prerrequisito de la civilización cristiana. En Venezuela, por ejemplo, secundan al golpista coronel Marcos Pérez Jiménez, que en 1948 envía al exilio al presidente Rómulo Gallegos y al poeta Andrés Bello (entre otros); en Perú, a los generales que persiguen y diezman a los indígenas y los obligan a la rebeldía, mientras sostienen el feudalismo agrario y conducen al exilio a los escritores marxistas (ejemplos: Gustavo Valcárcel y Genaro Carnero Checa); en Guatemala (1954), al militar golpista Carlos Castillo Armas que, dirigido por la CIA, derriba el régimen del presidente Jacobo Arbenz y hace que se exilien poetas, novelistas, ensayistas, *teatristas* (entre ellos Luis Cardoza y Aragón, Augusto Monterroso, Mario Monteforte Toledo, Manuel Galich, Carlos Illescas); en México, donde no hay intelectuales o escritores presos en la primera etapa de la Guerra Fría, los derechistas se suman con entusiasmo a la campaña de difamaciones contra la izquierda, y alaban al Departamento de Estado cuando le niega las visas a «comunistas» de la índole de la actriz Dolores del Río y el músico Carlos Chávez. Su lema está a la vista: «La defensa del Mundo Libre».

Las causas y los factores de movilización de la derecha: integrismo (la Doctrina y el Dogma o la «guerra santa»); antisemitismo; odio a las herencias de la Revolución Francesa; reivindicación incesante del patriarcado; rechazo del liberalismo; identificación del nacionalismo cristiano con el corporativismo; supremacía espiritual del clero sobre la nación: localización policíaca del «Anticristo» (los adversarios de la Iglesia); educación religiosa en las escuelas públicas; impulso al «primer deber de los gobiernos: cristianizar los países»; persecución de la literatura «herética»; ataques a protestantes y masones y, sobre todo, la defensa de la tradición.

El argentino Gustavo Martínez Zuviría con el seudónimo de Hugo Wast perpetra novelas infames (algunas de las cuales, por supuesto, se adaptan y filman en México: *Flor de durazno*, la prueba «del honor»). En tanto Martínez Zuviría, ministro de Instrucción Pública es muy represivo, y el novelista Hugo Wast, en *El Kabel y en Oro*, notifica del plan judío para el dominio del mundo por «un rey de la sangre de David que será el Anticristo»³. En México, en 1947, José Vasconcelos prologa *Derrota mundial*, de Salvador Borrego, una lamentación por la derrota de los nazis.

Por un proceso de rechazo casi orgánico del término, la derecha latinoamericana ha carecido históricamente de un sector intelectual consistente y decidido a manifestarse como tal. Si en materia religiosa los derechistas se asumen orgullosamente como tradicionalistas, en lo ideológico los más prefieren argumentar desde posiciones «neutras».

Los conservadores ven la oportunidad de «rectificar los malos pasos» de la sociedad y proceden inquisitorialmente. En la mayoría de los países la derecha ideológica o que eso dice ser, ocupa los puestos culturales, elogia y demanda la represión, divulga versiones grotescas de las historias nacionales y niega el acceso a las universidades a los maestros liberales, izquierdistas o católicos no ortodoxos. En la Guerra Fría los conservadores están en su elemento y no necesitan incrustarse en los organismos creados por la CIA como el Congreso por la Libertad de la Cultura. Eso les parece muy liberal, lo necesario es el control rígido de la prensa, la radio, el cine; que se garantice el dominio de la oligarquía a través de los colegios y escuelas confesionales, que se promuevan campañas de odio contra los signos de liberalización de las costumbres.

Los gobiernos de las élites (burgueses, según la calificación de los marxistas y de la realidad) oscilan entre el anti-intelectualismo más abrupto y la estrategia de adornarse con los prestigios del conocimiento y la creación. En ningún momento se detienen ambas tendencias y el anti-intelectualismo es, junto a la moral, el método a la disposición de los gobiernos conservadores o que pactan con la Iglesia Católica, en su afán de suprimir la crítica, censurar «lo inconveniente» (en teatro, cine, radio, publicaciones, televisión), y propagar su saber básico: la impotencia ante la represión (el no poder evitarlo) equivale a la confesión de actividades subversivas.

Así, en México, por ejemplo, se encarcela, por mero «delito de opinión», a David Alfaro Siqueiros (de 1959 a 1962), y al filósofo Eli de Gortari y al escritor José Revueltas (en el penal de Lecumberri, de 1968 a 1971). «Disolución social»: el delito casi abstracto del Código Penal califica a todo el que se oponga crítica y pacíficamente al presidente de la República. En todos los países la derecha se enfrenta a los brotes críticos, al avance del marxismo en las universidades, a la industria del espectáculo y su «hedonismo», a las libertades femeninas, a las formas más audaces del pensamiento. Y el tradicionalismo espera de sus escasísimos intelectuales públicos las adhesiones rituales y, cuando vale la pena, la presencia en actos solemnes. Y la paga del acatamiento son los homenajes, con la presencia en vivo del presidente de la República. Esto es también la Guerra Fría.

3. Información en la excelente crónica de H. VERBITSKY (2007).

VI. LA REVOLUCIÓN CUBANA: «CONTRA LA REVOLUCIÓN NADA»

En 1959 la situación de América Latina es penosa: hay dos campos de relación política, social, psicológica con el poder: las sensaciones de impotencia ante los regímenes autoritarios (casi todos) y la necesidad de oponerse frontalmente o a través de las dificultades para decir la verdad. O la utopía lejana o la resignación que es por lo pronto oportunismo.

Del otro lado, los hechos que un vasto sector intelectual decide no tomar muy en cuenta o sólo utilizarlos de modo retórico: la acumulación despiadada del capital, la desigualdad que norma a cada una de las naciones, el semifeudalismo de las condiciones laborales en vastos sectores, el salario mínimo como expresión de barbarie empresarial y gubernamental, las depredaciones del Imperio de Estados Unidos (ecocidios deliberados en la región latinoamericana, patrocinio de golpes de Estado).

Por esto, al producirse el triunfo del grupo de Fidel Castro, la izquierda intelectual se entusiasma. Un gran momento definitorio de la Revolución Cubana es el discurso de Fidel Castro a los intelectuales (junio de 1961). Castro promete zonas de trabajo y creación a los que no sean escritores o artistas revolucionarios, pero de inmediato sube el tono de sus exigencias:

[...] Esto significa: dentro de la revolución, todo; contra la revolución nada. Contra la revolución nada, porque la revolución tiene también sus derechos y el primer derecho de la revolución es el derecho a existir, y frente al derecho de la revolución de ser y existir, nadie. Por cuanto la revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la revolución significa los intereses de la nación entera, nadie puede alegar con razón un derecho contra ella (Castro, 1961).

¿Quién interpreta, quién decide la interpretación correcta de estar dentro y estar en contra? La frase de la canción de Carlos Puebla resuelve las dudas: «Se acabó la diversión. Llegó el comandante y mandó parar» es el epitafio de las aspiraciones de la libertad de expresión. A muchísimos, la argumentación del gobierno cubano les parece irrefutable: «Si se permite el ataque desde dentro de la Revolución, se le da entrada al caballo de Troya del imperialismo». De 1959 a 2007, con ímpetu velozmente disminuido, la tesis persiste, con juicios muy severos a los disidentes (períodos prolongados de cárcel, empleos ínfimos, ceses, acoso de turbas). Y en la isla no hace falta demostrar que la crítica está «fuera de la Revolución» y no merece nada.

En la década de 1960, a la luz de la Revolución Cubana se vigoriza el repudio a los intelectuales «del Sistema». ¿Por qué admitir la reclusión gremial como el único recinto permitido a quienes no son banales, inofensivos o meramente decorativos? ¿Por qué concentrar las miradas en quienes sólo divierten o sólo se divierten? En 1965, Carlos Fuentes publica en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre*, su intervención en la serie «Los narradores ante el público», y le añade una fotonovela donde un grupo de escritores (la «Mafia») baila y lanza frases de «frívolo tremendismo». De inmediato

responde *Política* (1.º de octubre de 1965) en sermón intitulado: «Los intelectuales mexicanos, la Dolce Vita y la oligarquía en el poder»:

[...] Concomitantemente (a los atropellos de la oligarquía gubernamental) se amplía el círculo de los intelectuales que diciéndose «progresistas»... expresan por las vías del escapismo, de la falsa universalidad y del cosmopolitismo ramplón y snob su inconformidad con el patriotismo político de la oligarquía burocrática. Espejo de ésta, dan esos intelectuales una imagen divertida de la burguesía a la que critican por su falso nacionalismo tricolor. Homeópatas de la intelectualidad, dicen destruir a la burguesía y a los gustos burgueses apurando hasta la última gota de la cursilería de las fiestas y frivolidades burguesas. Y no contentos con ello, trasladan a sus pláticas, a sus engendros novelísticos, pictóricos o ensayísticos ese peculiar sentido *go-go* del que se ufanan en sus reuniones y aun en las conferencias que para empatar dictan ante el delirante regocijo de sus cloques de incondicionales seguidores... Conscientemente refugiados en un arte abstracto y evasivo, bandera de confusión y equívocos... esa destacada capa intelectual identifica el patriotismo oficial y la demagogia con los auténticos problemas del pueblo mexicano... Completan, de tal modo, con su afán snob de universalismo hincado en oscuros sentimientos de inferioridad, frustración y servil imitación, una de las ramas de las tenazas oficiales de propaganda y publicidad que mantienen al pueblo en la confusión, inmerso en el quietismo y la inconformidad... Lo que defienden es el libertinaje en los niveles más bajos de la conducta personal y pública; lo que defienden es la servil condición palaciega y proimperialista que no logran ocultar en sus charlas, que no pueden esconder en las líneas caóticas de sus lienzos o en las calcas al carbón de Joyce y Kafka. Falsos paladines de la libertad creadora, confunden ésta con la producción pueblerina de copias del extranjero; su cosmopolitismo no va más allá de los salones en que, entre pasos epilépticos de surf entablan torneos de ingenio... Su bandera de colores y texturas amontonados al azar es tan dañina como la demagógica patriotería [...].

A lo largo de dos décadas, la influencia de Casa de las Américas, el organismo cultural cubano, y de la doctrina de «contra la revolución nada», tiene gran éxito entre otras cosas por las acciones criminales del imperialismo yanqui (que sí que existe) y por la ansiedad de construir sociedades libres de la desigualdad. De manera sincera, un sector le concede la razón a la tesis que pospone para mejores días las libertades creativas. Luego, al evidenciarse la burocratización del régimen de Castro y al surgir alternativas a la acción de los intelectuales, el pensamiento único de la izquierda se fragmenta. Una parte, convencida de la omnipotencia del capitalismo, defiende ya abiertamente las tesis del «mundo libre»; otros adoptan el radicalismo crítico que equilibra la lucha contra la desigualdad y la defensa de la libertad de expresión. Además, la política imperialista no admite dudas: golpes de Estado o intervenciones cívicas en Centroamérica, Panamá, República Dominicana y Chile, el bloqueo o el embargo a Cuba que se acompaña de intentos reiterados de asesinar a Fidel Castro y la ampliación del término «peligro para América Latina» para incluir al «populismo».

VI.1. EL CASO PADILLA: «LOS HÉROES NEGATIVOS»

En el Encuentro de Intelectuales en 1967 en La Habana, un discurso de Castro los sitúa en la vanguardia de la Revolución por sobre los partidos comunistas así como también lanza campañas contra los intelectuales que «traicionan». Luego, en 1971, el «caso Padilla» divide al sector intelectual de izquierda. En La Habana se detiene, se enjuicia y se obliga a la confesión al poeta Heberto Padilla, crítico estentóreo del gobierno castrotrista y su política hacia los intelectuales. El arresto de Padilla moviliza a un grupo amplio de intelectuales europeos y norteamericanos. Al cabo de varias semanas de arresto, Padilla se presenta en la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba), y lee un texto muy autocrítico donde se acusa a sí mismo de actividades contrarrevolucionarias, de vanidad, de escribir «poemas insidiosos y provocativos que bajo la hábil apariencia de la historia, no expresaban otra cosa que el temperamento de un descreído, de un cínico, de un versificador atrapado por sus propias limitaciones morales e intelectuales, me refiero por supuesto a *Fuera de juego* que obtuvo el Premio Nacional de Poesía de la UNEAC en 1968».

Padilla se escarnece (no sin la ironía que se burla abiertamente de los inquisidores), se delata por haber entrado en contacto con enemigos de la Revolución, por creerse «un intocable» y buscar publicitariamente su martirio. Y a propósito de una novela suya, alcanza niveles penitenciales:

[...] El héroe negativo del proyecto de novela apostrofaba todo el tiempo contra la obra revolucionaria. Cuando he vuelto a repasar mentalmente fragmentos que escribí a saltos de esa novela, he sentido una vergüenza extraordinaria. Me parece inconcebible que yo hubiera podido pensar que ese mamotreto enfermizo, donde puse toda mi amargura, pudiera tener algún valor intelectual y humano.

No sólo eran políticamente negativos y sinuosos, no sólo reflejaban mis vacilaciones ideológicas y contra-revolucionarias, sino que también expresaban un desencanto profundo en la vida, en la esperanza y la poesía de la vida. El hombre que escribió esas páginas era un hombre, que iba camino de su propia destrucción moral y física [...] (Padilla, 1971).

Padilla se autocritica por sus «errores groseros»: lo deslumbraron lo extranjero, las grandes capitales, las culturas foráneas; lo anterior y concluye:

[...] Yo ruego al Gobierno Revolucionario me ofrezca la ocasión de explicarlo. Si pido desesperadamente que me permitan esta oportunidad es por la convicción profunda que yo tengo de que esta experiencia mía puede tener un valor no sólo para mí, sino que va más allá de mi persona (Padilla, 1971).

Hasta este momento se han sustentado ideas muy inciertas (sobre) las relaciones del intelectual con el poder en un país socialista. Por otra parte, la crítica se detiene por la evidencia de las acciones criminales del imperialismo yanqui y por la urgencia de sociedades libres de la desigualdad. El caso Padilla no desemboca en la tragedia,

como sucedió con gran frecuencia en los países del Este, pero su patetismo impresiona a los intelectuales preocupados por el tono de las palabras muy desdeñosas de Fidel Castro a propósito de este caso. Desde la cárcel de Lecumberri, el 3 de mayo de 1971, el novelista José Revueltas (1914-1974) escribe:

[...] Nos afligen, pues, los dos hechos de Cuba que suscitan nuestra tristeza y angustia: la carta de Heberto Padilla y las palabras de Fidel el primero de mayo, pero no por la materia subjetiva que presupone nuestro trabajo de escritores, los sentimientos, sino por el proceso racional que queremos esclarecer a través de ellos, ya que se trata, ante todo, de tristeza y angustia políticas. No; la Carta del poeta Padilla no es un producto de la tortura física. Heberto Padilla dice en su carta una verdad, por la cual renuncia a la verdad: se arrepiente de haber intentado esclarecerse, y se esclarece así, mistificadamente, en la otra verdad, en la Razón de Estado. ¿Qué mayor tortura para el escritor que la de oponer su obra a la Razón de Estado y tanto más si el Estado es socialista? Los «herejes» de la Edad Media se sometían con mucho menos resistencia a las exigencias morales del «dolo bueno» que al plomo derretido en la cuenca de los ojos.

Del lado del castrismo, Raúl Roa, un marxista histórico de Cuba, poco después del discurso de Fidel Castro, va aún más lejos:

[...] Todos los derechos de la imaginación, de la forma y de la sustancia dentro de la revolución. Ningún derecho de la imaginación, de la forma y de la sustancia contra la revolución... Es innegable igualmente deber y responsabilidad de los escritores y artistas revolucionarios desenmascarar y repeler la burda y corruptora campaña de propaganda y proselitismo de los aparatos culturales propios o subvencionados del imperialismo, que trata de disminuir, desacreditar o silenciar la obra verdadera de la revolución y el socialismo en el campo de la literatura y el arte (Roa, 1964).

Y el comandante Ernesto Che Guevara en *El socialismo y el hombre en Cuba* es contundente:

[...] *Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios.* Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. *Las nuevas generaciones vendrán libres de pecado original...* Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas (Guevara, 1965. *Cursivas mías*).

La tesis del Hombre Nuevo que la Revolución genera resulta muy persuasiva, así las consecuencias nunca se concreten. Pero durante un tiempo son materia dogmática. Julio Cortázar escribe: «Tienes razón, Fidel, sólo en la brega hay derecho al descontento» (Cortázar, 1971) y Mario Benedetti explica por qué un escritor subversivo sólo puede serlo en el capitalismo:

[...] Quienes escriben literatura subversiva dentro del mundo capitalista, en mayoría dan por sentado que, una vez subvertido ese orden y reemplazado por el revolucionario, su misión de subversión estará cumplida. Continuar tratando de subvertir un orden que entonces sería socialista, significaría sencillamente pasar a militar en la contrarrevolución.

Y Juan Marinello, por definición el escritor comunista de Cuba, señala: «Suponer que debe ser el escritor un inconforme de todos los tiempos es de una inmoralidad rampante, además de ser la negación violenta de las más nobles tradiciones americanas» (Casa de las Américas, septiembre de 1971).

El caso Padilla obliga a revisar el ideal socialista, lo que de él queda y lo que podría ser. Luego de la monstruosa experiencia estalinista, lo ocurrido en Cuba vulnera la lógica de la esperanza en ese horizonte socialista que ha entusiasmado a muchos de los mejores entre intelectuales y escritores. Si es inobjetable el tema de la extensión y la dureza de la desigualdad, falta por verse lo que darán los años siguientes: el fracaso trágico de las experiencias guerrilleras; los resultados del marxismo dogmático («vulgar») en los centros de enseñanza; los gobiernos ultrarrepresivos de Vietnam, Camboya y Corea del Norte, el terror en China (la revolución cultural y luego la cerrazón absoluta), los efectos de la burocratización en el bloque socialista, las fallas de la perestroika, el endurecimiento del régimen de Castro que apoya la invasión soviética de Hungría y la represión en China, el fracaso del régimen sandinista que se inicia con la persecución de los indios mixquitos y se agrava con los múltiples signos de corrupción del primer gobierno de Daniel Ortega.

En unos años, parte considerable de la izquierda intelectual renuncia a la mayoría de sus esquemas y prácticas dogmáticas, desiste de las «citas sagradas» y elige el eclecticismo. Ante la pretensión «talmúdica» de los manuales soviéticos o las divulgaciones pétreas de Marta Harnecker, surge (un tanto tarde) un proyecto de marxismo y anti-sectario, enfrentado a los conceptos totémicos: el partido, vanguardia del proletariado, el centralismo democrático, el leninismo. «¿Ya para qué?», a estas propuestas teóricas se les adelanta la caída del socialismo real, que afantasma las consignas frenéticas, como la de un académico mexicano en el centenario de la muerte de Marx («Dentro del marxismo todo; fuera del marxismo, nada»), o el apotegma del comandante Fidel Castro el 2 de enero de 1989: «¡Marxismo-leninismo o muerte!».

VII. LA INDUSTRIA ACADÉMICA: «EL CUBÍCULO SAGRADO»

A partir de la década de 1970, el crecimiento de las universidades públicas y privadas trae consigo la aparición de la industria académica, en las humanidades y las ciencias sociales, a semejanza de la norteamericana, con frecuencia concentrada férreamente en sí misma, que canjea la teoría de «la torre de marfil», propia de una larga etapa de jactancias de la élite universitaria, por la de las especialidades a ultranza. El proceso es complejo porque, además, las universidades públicas se hallan siempre en graves problemas financieros, y porque el debate intelectual, por lo común nada más presente en

las universidades públicas, sólo excepcionalmente repercute en los ámbitos nacionales. Lo publicado con el sello de las universidades alcanza un público mínimo, y pese a la profusión de revistas, libros, conferencias, simposios, mesas redondas, lo que se discute y comenta suele suceder en otro lado, en la prensa diaria, en las revistas, en los medios electrónicos, incluso en los partidos políticos.

Sin embargo, en lo básico, en las universidades públicas de cada país latinoamericano aún se conforman en la práctica, y todo indica que este proceso continuará, los proyectos dedicados a las mayorías para empezar la promesa de la movilidad social que un título académico trae consigo o, más exactamente, solía traer consigo. Y por razones de presupuestos, de tradición cultural, de mera infraestructura, las universidades públicas aún concentran en buen número de países el peso de la formación intelectual y científica. Hay problemas: la falta de salidas «al exterior» (que pueden ser las universidades mismas), y, muy especialmente, la alta concentración de intelectuales que, no obstante la importancia de su trabajo, no son interlocutores básicos ni de las sociedades ni de los gobiernos. Desde la inmovilidad curricular pocos juicios y opiniones repercuten en lo político y lo social.

A partir de la década de 1980, y aún más en los años siguientes, se promueven como proyecto político el mercado libre y una versión exclusivamente electoral de la democracia (no se habla de la democracia económica, por ejemplo). También, de iniciarse la globalización según el modelo de Estados Unidos, la desigualdad se profundiza, las distancias sociales se acrecientan, se concentra aún más la riqueza y no hay redistribución del poder económico y sólo ocasionalmente del poder político.

Surge, describe Jean Franco, «una inteligencia diferente a la humanista o de *avant-garde* que trabaja en instituciones de gobierno y universidad, sobre todo en las privadas». Esta nueva clase ya no es ni le interesa ser letrada, son expertos, economistas, abogados reducidos estrictamente a su especialidad, administradores de empresas rebotantes de discursos en homenaje a la eficiencia, la transparencia, la desregulación, con un olvido sistemático de la pobreza y las represiones. A un buen número de casas editoriales, fundamentales en el desarrollo de los grupos de intelectuales y escritores, las absorben los *holdings* internacionales. De modo complementario, el mercado libre norma una porción básica de la vida literaria, y el crecimiento de la industria académica masifica la ciudad letrada, un término cuya definición ya para la década de 1990 casi nada tiene que ver con la original.

El principal centro de producción intelectual de cada país suele ser, en lo tocante a (numerosos) efectos del debate intelectual, una zona lejana y con frecuencia inaudible en algunos años. En otros, las universidades públicas, al asumir la defensa de las libertades, atraen el odio o la enemistad activa de los gobiernos, por ejemplo los de Argentina durante la guerra sucia, el de Chile durante la dictadura de Pinochet, el de Perú en el período de Fujimori (añádase la intolerancia criminal de Sendero Luminoso), en Venezuela ahora con las presiones de Hugo Chávez, en Guatemala y El Salvador en el período donde los ejércitos toman las universidades y se secuestran y asesinan a rectores y profesores.

El manejo de la formación profesional tiene que ver con la concentración del empleo en la burocracia del Estado. Este *trust* de las oportunidades comparativamente privilegiadas hace que sea cada vez más frecuente el uso del estudio como simple medio de ascenso, y se acomodan los estudios a los conocimientos útiles en la burocracia. Esto, en un plazo muy rápido, elimina el espejismo que convertía a las universidades en claustros definitivos, y lo devuelve todo a la práctica tradicional: las universidades, estaciones de paso de los ambiciosos, los inteligentes, los llamados al poder. En las universidades públicas o privadas, se concluye, sólo se quedan los que no supieron irse.

Luego de cinco o diez años de estancia en las universidades, los de vocación meritocrática se van hacia el servicio público o el empresariado. Y se despliega la frustración de los más, de los pasantes o titulados enterados a diario de: a) el título ya no es garantía de ascenso, y b) según las clases gobernantes, el conocimiento sin adecuadas relaciones de clase es puro analfabetismo. Esto afecta por igual a las capitales y las regiones.

El traslado de los proyectos utópicos (en el mejor sentido del término) a la sociedad elimina una de las actitudes preferidas de los radicales universitarios en este siglo, la vocación mesiánica. Al no contraponer el peso del conocimiento a la fuerza del Estado (algo que en un medio sin alternativas se asimila con rapidez) reaparece la eterna conclusión: no hay alternativas fuera del capitalismo porque las otorgadas por el sistema de universidades públicas alcanzan a muy pocos.

La carga opresiva del concepto y la realidad de la universidad de masas, que existe simplemente porque hay masas en la universidad, genera el prejuicio aplastante sobre la degradación académica, y la desaparición de los antiguos (se supone que muy elevados) niveles de conocimiento. No es esto enteramente cierto; hoy, en términos generales, la vida académica es más informada y productiva, y no sólo por la proliferación de centros e institutos de investigación porque ahora los intelectuales han transitado a la Academia. Pero la leyenda pesa, y al no desmontarse el concepto «universidad de masas», éste continúa operando negativamente con resultados psicológicos, políticos y culturales, similares a los detentados por los términos *subdesarrollo* y *tercermundista*. A la penuria económica de la mayoría se añade la noción fatalista: la universidad de masas siempre será un lugar de tercer orden, de falta de recursos esenciales, de atraso tecnológico. Esto, mientras la licenciatura ocupa el sitio cultural y de reconocimiento antes asignado al bachillerato, y el posgrado o doctorado es, en términos reales, el nuevo bachillerato.

VII.1. *«Si viene de universidad pública, lamentamos decirle que no hay empleo»*

Los egresados de las universidades públicas han vivido en estos años la magna reducción salarial, la disminución de oportunidades, la burocratización y, desde hace una década, la creciente preferencia gubernamental por los egresados de universidades privadas, por razones ideológicas («No pierden su tiempo con tonterías subversivas»), por motivos técnicos («Han tenido todo su tiempo para prepararse, sin problemas

económicos»), y por causas «genealógicas» («Son de buenas familias»). A esto se agregan los criterios de eficiencia prestigiosa del neoliberalismo que a la letra dicen: las universidades públicas son inmensos estacionamientos del desamparo vocacional, estepas del conocimiento anacrónico, sitios de retención y entretenimiento de multitudes de adolescentes y jóvenes, antes de que se propongan en vano la caza de oportunidades que el determinismo de clase les veda.

Sin embargo, y pese al desdén presupuestal y social del gobierno, las universidades públicas siguen cumpliendo funciones indispensables:

- habitúan, a partir de la expansión de la enseñanza media, a sectores amplios a prácticas culturales inusitadas (lectura, discusión de temas y autores, asistencia por lo menos ocasional a conciertos y recitales, obras de teatro, cine-clubes, etcétera), lo que, entre otras cosas, y por así decirlo, normaliza el libro en medios avasallados tradicionalmente por los odios y las reverencias del anti-intelectualismo;
- aclimatan la pluralidad y la renovación ideológica y teórica;
- preservan y enriquecen críticamente el interés por lo nacional, en materia de debates, lecturas, ediciones críticas, tradiciones intelectuales, visiones de la historia, información múltiple sobre el desarrollo de las ciudades y el país;
- forman, en un primer nivel, a los profesionistas encargados de satisfacer las necesidades de los estratos medios y bajos de la administración pública y la sociedad;
- representan el avance científico, tecnológico y cultural posible en una nación de escasos recursos;
- emblematizan y son efecto del espacio que el Estado le concede a la sociedad en materia de crítica, libertad de expresión, disidencia política y moral. Junto con sectores limitados de la prensa, las universidades públicas usan su autonomía para discrepar, porque salvo en los regímenes muy autoritarios, se acepta que en las zonas formativas de la nación, la crítica es indispensable. Con salvedades: la crítica aún hoy es inconcebible en las universidades dominadas férreamente por los gobiernos locales, y en casi todas las privadas;
- preparan a los científicos y técnicos para las zonas urgentes del desarrollo;
- forman a las decenas de miles de profesores que demanda la explosión demográfica;
- garantizan la continuidad del conocimiento en materia de ciencias sociales y humanismo;
- forman, en el caso de las universidades públicas, a los jóvenes de clases populares y clases medias (que en muchos casos ya va siendo lo mismo) en un conocimiento más cercano y exacto del país donde, también, en una medida muchísimo mayor de lo que se cree, interviene el tumulto, la discusión frenética, el ensayo de gobierno desde la asamblea, el lenguaje libérrimo. Esto por supuesto, no es función deliberada, pero no es por eso menos crucial;
- representan a los ojos de las clases populares y las clases medias, el privilegio posible, la movilidad social al alcance. Por muy dañado que se encuentre este sueño, sigue siendo esencial.

VIII. «LO LEÍ EN INTERNET PERO TODAVÍA NO HE VISTO LA PELÍCULA»

Aparecen cambios irreversibles. La ciudad visual (virtual) y la producción incesante de imágenes notifican el debilitamiento de la ciudad letrada, en su versión oficial a la que se le adjudica la producción de ideología a favor del neoliberalismo. No se conciben las alternativas, lo público se ve acosado por las políticas privatizadoras, y la tecnocracia asume un gran número de las funciones de los intelectuales «de oficio». Y se va imponiendo el odio a la racionalidad y el despliegue de la violencia sin sentido que la sociedad de masas acepta. Algunos de los métodos clásicos de la ciudad letrada (versión depredadora) triunfan al amparo de «las leyes del mercado» y de la legitimidad del egoísmo a toda costa. Al respecto, afirma Susan Sontag, en un diálogo con Tony Kushner:

[...] Ahora resulta aceptable el tratamiento de cuestiones éticas, de justicia y de salud mental y física de los ciudadanos, como asuntos puramente fiscales, referirnos a ellos en términos de si podemos o no darnos el lujo de tal o cual cosa, o de si hacer esto o lo otro es económicamente racional... Ahora la gente reconoce que hace cosas por dinero que no había hecho antes. Puede decirse que es sólo una falla de la hipocresía, que ahora son más honestos que antes. No creo tal cosa. Creo que se trata de un cambio real de actitudes. Quizás es el hecho más sorprendente que he atestiguado en mi vida. La muerte del altruismo. Tengo la impresión de que la mayoría de la gente ve muy ajena, casi incomprendible, la idea de que tú puedes hacer algo desinteresado, al margen de los estímulos financieros o del grado de molestias o dificultades o del peligro personal: «Mis principios me dictan...» o «Mis principios me prohíben...» o «Como creo que es lo correcto, es lo que voy a hacer», o «Debo hacerlo aunque sea riesgoso...», este tipo de lenguaje, de pensamiento, ya agoniza. No tiene sentido para la mayoría de la gente.

En la década de 1960, Sartre, que no lleva a cabo su propósito, propone la desmilitarización de la cultura. Ni el momento histórico ni la voluntad de los intelectuales y artistas auspician el «cese de hostilidades» que, además, de hecho nunca se cumple. Luego, con la caída del muro de Berlín en 1989 sobreviene una etapa de frustraciones de la izquierda, que paga las consecuencias de no deslindarse con la fuerza suficiente del socialismo real. Y ante el retroceso teórico y voluntarioso de la izquierda, que tarda en recobrar el impulso y asumir lo que en gran medida ha sido suyo, el proceso democrático, la derecha cree llegada la hora del triunfo irreversible. Este canto fundamentalista de guerra y victoria es por lo menos precipitado.

En los años recientes, algo indispensable a la vida intelectual, los proyectos utópicos se amplían hasta contener las demandas ecologistas, los derechos sexuales reproductivos y de las minorías sexuales, la bioética y las políticas de inclusión. Y todo cambia y sigue modificándose con la era digital. El acceso a la Red, la conversión acelerada de Internet en el ágora múltiple, los *blogs*, el «navegar» como el nuevo notable sistema informativo, son hechos que transforman interna y externamente la vida intelectual.

IX. BIBLIOGRAFÍA

- CARDOZA Y ARAGÓN, Luis. *Retorno al futuro*. México: Letras de México, 1948. (Primera edición en Moscú, 1946).
- CASTRO, Fidel. *Palabras a los intelectuales*. Buenos Aires: Papel y tinta, 1965.
- GIDE, André. *Regreso de la URSS y Retoques a mi regreso de la URSS*. Buenos Aires: Sur, 1937.
- GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Discurso del 1 de mayo de 1905 en la Federación de Obreros Panaderos*.
- CORTÁZAR, Julio. *Policrítica a la hora de los chacales*. Casa de las Américas 1971 (67).
- GUEVARA, Ernesto. *El socialismo y el hombre en Cuba*. Buenos Aires: Síntesis, 1965.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Las corrientes literarias de la América Hispánica*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1949.
- INGENIEROS, José. *Juventud, entusiasmo, energía*. Buenos Aires: Losada, 1968 (1.ª edición de 1921).
- NERUDA, Pablo. *Canto General*. Buenos Aires: Losada, 1955.
- PADILLA, Heberto. Autocrítica. En Casal, Lourdes. *El caso Padilla: Literatura y Revolución en Cuba. Documentos*. Nueva York: Nueva Atlántida, 1971.
- RAMA, Ángel. *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1986.
- ROA, Raúl. *Retorno a la alborada*. La Habana: Universidad de las Villas, 1964.
- RODÓ, José Enrique. *Ariel*. Buenos Aires: Losada, 2004 (1.ª edición de 1900).
- SALAZAR BONDY, Augusto. *¿Existe una filosofía de Nuestra América?* México DF: Siglo XXI, 1976.
- VERBITSKY, Horacio. *Cristo vence*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2007.